



Era el destino el que iba venciendo, al principio, en la lucha cruel. Ahora es la voluntad la que impone la paz, la felicidad y el amor.

Es un relato escrito con naturalidad y con el deseo evidente de llevar esperanza a los corazones deprimidos. En verdad, logra las intenciones que animaron al joven escritor a darle forma interesante a las magníficas ideas que bullían en su cerebro privilegiado.

Es el suyo un canto en prosa a las corrientes calladas, que surgen de esas pequeñas fuentes que son los corazones femeninos.

En la novela Martelo Silió de Ricardo Jinesta, asistimos a la lucha que, en todos los espíritus, se efectúa constantemente entre el destino y la voluntad.

Martelo es un joven obrero de carácter débil y, en consecuencia, de vanidad invencible. En su jardín, sembradas por la tentación demoníaca de amigos, ingratos, crecen con facilidad las malas yerbas del vicio.

De nada le sirve contemplar el discurrir silencioso de la fuente de misterio y de ternura que alimentan los grandes amores: el de la anciana madre y el de la virgen adorada.

Se desvía, en una ocasión, del sendero que le indican la razón y el sentimiento. Por miedo a la vida y a sus infinitas seducciones, se entrega otra vez en los brazos malditos de la maldad.

Una grande angustia, la de Martelo, ante dos inocentes desesperaciones: la del santo amor materno y la del dulce amor virginal.

A la cárcel lo llevan sus desvíos. Allí logra escuchar los consejos del viejo maestro suyo quien, a la par que siembra enseñanza, riega consuelos, concede dulzura a la vida y embellece cuanto en ella se encuentra.

Las sombras del alma que, al principio, se iban confundiendo con las sombras reales en los rincones de la celda del castigo las hacía cada vez más impenetrables; se desvanecen, ahora, poco a poco, a impulsos de una redención bienhechora.